

## CAPITULO XLI.

### Una resolucion heroica.

**L**os españoles que habian quedado en la colonia cayeron en el mayor desaliento.

Desde el principio se habian entusiasmado con la idea de explotar las ricas minas de aquel privilegiado territorio para enriquecerse.

Habian llegado, y el rey de Veragoa les habia dispensado la más benévola acogida.

Los indios de la costa, durante el establecimiento de la colonia, les habian proporcionado toda clase de víveres y les habian ayudado en sus rudas faenas.

Todo les hacia suponer una pacífica posesion de los dominios de Quibiam.

Pero habian sido víctimas de una ilusion, el desengaño habia quebrantado toda la energía de su espíritu.

Aunque vencieron á Quibiam y á Unima, obligándoles á refugiarse en las montañas, no pudieron lograr este triunfo sin quedar muchos de ellos heridos, y no dudaban de que en cuanto el caudillo repusiera sus fuerzas volverian de nuevo á molestarle, repitiéndose esto hasta tanto que unos ú otros perecieran.

Cuando Noya le refirió lo que habia pasado á Tristan y á sus compañeros, aumentó su terror, y pensando los españoles que Colon se daría á la vela, y que si esto sucedia no tarda-

rian en sucumbir todos, determinaron abandonar la colonia y partir á la carabela que les habia dejado el almirante.

Todas las reflexiones que hizo Bartolomé fueron inútiles.

Renunciaban generosos á todas cuantas ventajas pudiera ofrecerles aquel país, con tal de no perecer á manos de los indios.

En su encuentro habian tenido ocasion de ver que eran más firmes, más astutos, y sobre todo más arrojados que los de las otras islas en donde habian tenido que luchar.

Bartolomé Colon tuvo que acceder á los deseos de los colonos; pero un inconveniente se opuso á su realizacion.

No habia bastante agua para que el buque pudiera atravesar la barra.

Viendo esto, determinaron ir en el bote á buscar al almirante para suplicarle que no los abandonase en tan triste situacion.

Pero tampoco les fué posible, porque el viento y la resaca ponian en grave peligro á la endeble barquilla.

Se hallaban, pues, sin retirada, y para colmo de desdichas pasaban á su vista, arrastrados por la corriente, los despedazados despojos de Tristan y de su gente, acompañados por aves carnívoras que se disputaban la presa.

Como dice Las Casas muy bien, los españoles temblaban al contemplar aquella escena, horrorizándose ante el destino que les esperaba.

Animados los indios por la proeza que acababan de hacer destruyendo á los soldados de Tristan, acudieron de nuevo al puerto para ver si la suerte les favorecia del mismo modo.

Mientras fueron á comunicar á Quibiam lo que habia sucedido y á pedirle refuerzos para acabar de exterminar á los españoles, se apostaron en los bosques vecinos, atronaban el espacio con sus voces, el sonido de los caracoles y el estriden-

te ruido de los tambores, y en este estado de cosas no tuvieron más remedio los colonos que abandonar las casas que le servían de defensa.

Bartolomé eligió un terreno en la costa á bastante distancia del bosque.

Con el bote de la carabela, con cajas y sacos de tierra construyó un baluarte, dejando abiertos dos huecos, en los que colocó dos falconetes, que dominaban la llanura.

En aquella improvisada fortaleza se refugiaron los españoles, considerando defensa suficiente contra las flechas de los indios aquellos endebles muros.

Al día siguiente, cuando Quibiam, al frente de su ejército, reanimado por el triunfo, iba á atacar á los españoles, dispararon éstos los falconetes y los arcabuces.

Los indios vieron que se embotaban sus flechas en los sacos y cajas, y no tuvieron más remedio que huir, porque las balas de sus enemigos diezmaban sus filas.

No por esto había mejorado la condicion de los españoles.

Las municiones se les acabarian, se agotarian los víveres, tendrían necesidad de abandonar la fortaleza, y á toda costa deseaban poner término á una situacion tan difícil.

Miéntas esto pasaba en tierra, en los buques del almirante reinaba la mayor ansiedad, porque ni Diego Tristan ni sus compañeros volvían, y temían que hubiese ocurrido alguna desgracia.

Aquel suceso, que tenía mucho de heróico y mucho de horrible, unía á la ansiedad de los españoles, á sus dudas, á sus temores, el dolor de una pérdida que consideraron como de mal augurio.

Los indios que habían sido presos por el adelantado en la morada de Quibiam estaban á bordo de una de las carabelas, porque el almirante se proponía conducirlos á España.

Por la noche los encerraban en el castillo de proa, cuya escotilla estaba asegurada por una fuerte cadena con su candado.

Sobre la escotilla dormían algunos de los marineros, y estaba además á tal altura que los presos no podían llegar á ella, razón por la cual descuidaban un tanto su vigilancia.

Pero Irayba, que vivía lejos de su esposo, que veía á sus queridos hijos partir del lado de su padre para ser esclavos en otras tierras, pudiendo ser reyes en la que abandonaban, incitó á todos sus compañeros de cautiverio á que optasen entre la salvacion ó la muerte.

—Aprovechemos una ocasion, les dijo; busquemos los medios de evadirnos para volver á nuestra patria al lado de los seres queridos de nuestro corazon.

Si nuestra tentativa es infructuosa, si no conseguimos nuestro objeto, ántes que la esclavitud pongamos fin á nuestra existencia.

Yo os daré el ejemplo.

Y reuniendo muchas de las piedras que servían de lastre á la carabela, formaron una especie de prominencia debajo de la escotilla, muy suficiente para que pudieran levantarla con sus hombros y evadirse por ella.

Dormían los marineros cuando los indios más corpulentos empujando con sus hombros la tapa de la escotilla, saltaron á cubierta y comenzaron á auxiliar á sus hermanos para escaparse.

Dieron la voz de alarma los que se apercibieron de aquel conato de evasion, y solo dos ó tres pudieron arrojarse al mar.

A los otros los cogieron en el momento en que iban á evadirse, y á todos los llevaron de nuevo á su encierro, encadenándolos y poniéndolos guardias de vista para que en el resto de la noche no intentasen de nuevo la fuga.

No habia remedio.

Irayba habia jurado ser libre ó sucumbir.

Recordó á sus hermanos la promesa que habian hecho, y cuando al dia siguiente acudieron los españoles á la prision de los indios para llevarlos á presencia del almirante é imponerles algun castigo, los hallaron á todos muertos.

Cuenta el padre Las Casas que algunos de ellos se habian ahorcado con cuerdas, y otros se habian estrangulado de una manera que horroriza, al mismo tiempo que da una idea de la entereza de carácter de aquellos desgraciados.

Encogian las piernas, ataban un cabo de una cuerda á ellas, y el otro extremo al cuello, y estirándose de pronto, sucumbian casi instantáneamente.

## CAPITULO XLII.

Donde se ve por qué motivo abandonán los españoles la colonia de Veragoa.



ONSTERNÓ al almirante la heróica resolucion de los indios y llenó de horror á todos cuantos se hallaban á bordo.

Bajo la impresion de aquel doloroso suceso, experimentaba una viva ansiedad respecto de la suerte de los españoles que habian quedado en la colonia, y de Diego Tristan, el capitan de una de las carabelas, cuyo desastroso fin conocen nuestros lectores.

Pero aunque habian sucumbido á muy corta distancia del paraje en donde se hallaban estacionadas las carabelas, habian trascurrido algunos dias sin que llegase noticia de su muerte á los viajeros.

Juan de Noya habia tenido que permanecer al lado de los colonos en la improvisada fortaleza que habian levantado para defenderse de las agresiones de los indios, porque la carabela que se habia quedado en la orilla del rio no podia navegar.

Cualquiera tentativa que hubiera hecho para evadirse en el único bote con que contaba, podia ser muy peligrosa á su estancia en la isla en medio de sus vengativos habitantes.

Grandemente apesadumbrado estaba el almirante de no poder tomar resolucion alguna, porque la fuerte resaca ha-

cia imposible á los botes atravesar la barra y llegar hasta la orilla en donde se habia establecido la colonia.

De su misma inquietud participaban los capitanes, los soldados y los marineros, y aguardaban con impaciencia á que el estado del mar les permitiese averiguar la suerte que habian alcanzado los marineros que se habian quedado en Veragoa á las órdenes de Bartolomé Colon, y los que para buscar agua y leña, y llevarles instrucciones, se habian separado de la escuadra, yendo en el bote que habian asaltado los indios.

Una tarde, en que todos los tripulantes de la carabela capitana estaban apesadumbrados al contemplar la profunda melancolía que se habia apoderado del alma del almirante, algunos españoles conversaban sobre cubierta con el piloto sevillano Pedro Ledesma.

Era este gran conocedor de la náutica, y tenia un amor propio desenfrenado.

—En verdad, dijo uno de los marineros, que somos más cobardes que los indios.

—¿Por qué decís eso?

—Porque ellos, cuando venian en las carabelas custodiadas por Juan Sanchez, se arrojaron al agua y se pusieron en salvo; porque sin ir más lejos, los que se nos han escapado hace muy pocas noches han desafiado el peligro de la resaca, y es muy posible que á estas fechas estén muy tranquilos y muy gozosos en sus hamacas, mientras nosotros permanecemos aquí con la mayor ansiedad, sin saber qué ha sucedido á nuestros hermanos.

—Teneis razon, dijo Ledesma; pero es extraño que vos, que pensais de ese modo, no hayais hecho lo que los indios.

—Eso se dice, pero no se hace.

—Se hace cuando se dice, añadió Ledesma.

—No hay uno entre nosotros que no sepa nadar como una

anguila, y sin embargo yo apuesto á que cualquiera de nosotros se tentaria la ropa ántes de darse el remejon.

—¡Vaya unos hombres! dijo Ledesma, mirando con desprecio á los marineros. Parece que no habeis oido el estampido del trueno, ni habeis visto brillar en el espacio el siniestro resplandor del rayo. Si no me dieran más trabajo que el de vencer el ímpetu de las olas y llegar hasta donde están nuestros hermanos, ántes de que anoheciera yo os aseguro que no nos dormiríamos esta noche sin calmar nuestra ansiedad.

—¡Vaya! Esa sí que es baladronada.

—¿Quereis convenceros de que no lo es?

—No digo á tí, sino al mismo Neptuno azotarian las enfurecidas olas si se lanzase al mar en estos momentos. Por lo demas ni tú ni nadie es capaz de oponerse á su empuje.

Irritado Ledesma porque dudaban de sus condiciones de nadador:

—Vais á convenceros, exclamó, de que yo cumplo siempre lo que digo.

Y dirigiéndose, seguido de unos cuantos, al camarote en donde yacía postrado Cristóbal Colon:

—Almirante, le dijo, estais con la más viva inquietud porque ignorais la suerte de vuestro hermano, porque Tristan no ha vuelto, y nó es justo que teniendo como teneis amigos leales en torno vuestro consintais que la duda mortifique vuestra mala.

—¿Qué quereis decir, Pedro? preguntó Colon.

—Quiero decir que hay un medio de llegar á la costa.

—¿Qué medio?

—Es muy sencillo; que me conduzcan en un bote hasta donde empieza la resaca. Yo me lanzaré al mar y á nado llegaré hasta la orilla, volviendo en breve con noticias á embar-

carme en el bote, que me esperará en este caso hasta mi regreso.

—La empresa que os proponéis es arriesgada.

—No lo ignoro; pero los indios nos han dado el ejemplo. A grandes males, grandes remedios; los hombres se dan á conocer en las ocasiones. Así, pues, yo quiero demostrar á mis compañeros que no me han conocido al juzgar mis palabras de baladronada, y os pido encarecidamente que me concedais el favor que os suplico.

Id en buena hora, dijo Colon, y quiera Dios protegeros para que volvais á mi lado y me traigais buenas nuevas.

En efecto, partió en uno de los botes con varios marineros; al llegar á cierto sitio se lanzó al agua, y nadando, aunque con mucha dificultad, llegó adonde estaban los españoles, temiendo á cada instante que los indios, en un considerable número, cayeran sobre su improvisada fortaleza, la destruyeran y los asesinaran.

No tardó en comprender la triste situacion en que se hallaban los colonos.

Pero desafiando el peligro, corrió á la improvisada fortaleza, preguntó al adelantado lo que habia sucedido, se enteró por él de los horrores que habian cometido los indios, de la horrible venganza que se proponia tomar Quibiam de los españoles, y aquella misma noche, despues de saber el desastroso fin de Diego Tristan, volvió á nado hasta donde estaba el bote, y pudo, con gran asombro de los marineros y del mismo Colon, referir á éste cuanto habia visto; noticias que no tardaron en circular entre los tripulantes, aumentando su miedo y haciéndoles desear su alejamiento inmediato de aquellas costas, en donde tantos peligros les amenazaban.

Pero Colon no podia partir dejando á sus hermanos y á los demas españoles que le acompañaban en poder de los indios.

Era imposible de todo punto volver en las carabelas á la colonia.

Por otra parte, anhelaba correr á España para comunicar las nuevas del descubrimiento á los reyes, y siéndole imposible de todo punto moverse del paraje donde estaba, ni prestar auxilio á su hermano, cayó en un profundo abatimiento, su enfermedad se exacerbó, tuvo fiebre y delirio, y sufría lo que no es decible.

Aún se conserva un fragmento de una carta suya, en la que, dirigiéndose á los reyes, les comunica la vision que ha tenido en acceso de fiebre, y nada más elocuente que sus mismas palabras, que hoy podrán parecer tal vez hijas del cálculo; pero que, dado el carácter del almirante, la época en que vivía y las personas á cuyas manos iba á enviarla, demuestra más y más los nobles sentimientos del ilustre marino, y pone de relieve su acendrado amor á la religion.

—Fatigado y suspirando, dice, me asaltó un sueño ligero, cuando oí una compasiva voz que me decia:

—¡Oh, nécio y perezoso en servir á tu Dios, el Dios de todas las cosas! ¿Qué hizo él más por Moisés, ó por su siervo David? Desdó que naciste ha tenido de tí especial cuidado.

«Cuando te vió de edad madura, hizo que tu nombre resonara con maravilla por la tierra.

«Las Indias, aquellas ricas partes del mundo, te dió á tí para tu herencia, y poder para que se las diceses á otros segun tu voluntad.

«A tí te entregó las llaves de la puerta del Océano, que tan potentes cadenas cerraban; á tí obedecieron muchas tierras, y adquiriste honrosa fama entre los cristianos.

«¿Qué hizo más por el pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto, ó por David, á quien de pastor hizo rey?

«Vuelve, pues, á él los ojos y confiesa tu error; su misericordia es infinita.

«Tu edad no será impedimento para ninguna grande empresa. Abraham tenia más de cien años cuando engendró á Isaac, ¿y era Sara jóven?

«Tú, que pides socorro con abatimiento, ¿responde! ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces? ¿Dios, ó el mundo?

«Los privilegios que te ha concedido, las promesas que Dios te ha hecho nunca ha faltado á ellas, ni dicho despues de haber recibido tus servicios que su sentido era diferente y que debia entenderse de diferente modo.

«El ejecuta á la letra.

«El cumple todas sus promesas con creces: tal es su costumbre.

«Te he mostrado lo que tu Criador hace por tí, y lo que hace por todos.

«El presente es el premio de los trabajos y peligros que has sufrido sirviendo á otros.

—Todo esto oí, añade Colon, como uno casi muerto, y no tuve poder para replicar á palabras tan verdaderas, salvo llorar por mis errores.

«Quien quiera que fuese el que me hablaba, acabó diciendo: «¡No temas! ¡Confía!»

Todas estas tribulaciones están escritas en mármol, y no sin causa.

Esta y otras visiones le asaltaban continuamente, postrándole cada vez más.

En tanto los que le acompañaban perdian la paciencia y vertian en su corazon la semilla que más tarde debia acibarar con su fruto los últimos dias de la existencia de aquel hombre.

Al fin de un largo plazo de ansiedad y zozobra cambió el

tiempo, las circunstancias permitieron que los botes fueran hasta la orilla y el almirante pudo enviar un gran refuerzo á su hermano. Al ver los indios llegar á los españoles de nuevo, se retiraron para volver en mayor número y con mayores elementos de triunfo; y Colon, viendo que el porvenir debia ser espantoso si prontamente no volvia con grandes refuerzos, resolvió que fueran á bordo de las carabelas su hermano y los colonos.

Así, pues, con objeto de que los colonos pudieran trasportar á las carabelas todo lo que era de su exclusiva propiedad, y los soldados españoles condujesen su artillería y demas pertrechos de guerra, les permitió fabricar una especie de balsa ó almadía con los restos de la carabela.

Para verificar el embarque con más rapidez, dispuso el almirante que todas las lanchas que se hallaban disponibles fuesen conduciendo á los soldados y habitantes de la colonia desde la orilla, y desde el sitio en que la costa formaba una especie de herradura, á la almadía ó balsa de que ya hemos hecho mencion.

De esta manera cargaron en ella la artillería y todo cuanto poseian, sin olvidar el oro, causa principal de sus desventuras, y por medio de un cable, del que tiraban las barquillas, logró el almirante y lograron los españoles volver á las carabelas y cargar en ellas una gran parte de su botin.

Los botes tiraban de los cables unidos á la almadía, y gracias á esto pudo Cristóbal abrazar á su hermano Bartolomé y llegar los colonos, aterrorizados aún, á las carabelas, animando á todos el deseo vivísimo de abandonar cuanto ántes aquel territorio, en donde, si bien era cierto que habia ricos tesoros, no lo era ménos que para adquirirlos necesitaban mayores fuerzas que las que tenian para dominar ántes á sus

feroces moradores, mucho menos domeñables que los indios de Haiti.

En el momento en que todos se reunieron, solo un deseo formularon sus labios.

—Abandonemos estas costas, exclamaron todos.

Y aunque con gran pesar del almirante y de su hermano, lograron su deseo.

En aquella retirada se distinguió el intrépido Mendez, que con cinco hombres protegió el embarque de los objetos, la construcción de la almadía y la fuga de los españoles.

El fué el último que abandonó aquella tierra en donde tanto habian sufrido, en donde dejaban un país devastado y un enemigo formidable, que habia perdido todos los afectos del alma por causa de los españoles y habia jurado su exterminio.

El almirante, para premiar los servicios de Diego Mendez, le confió el mando de la carabela que habia navegado hasta entónces bajo la dirección de don Diego Tristan.

## CAPITULO XLIII.

### El último rey de Veragoa.



QUIBIAM habia triunfado de los españoles.

Pero al verlos léjos de su territorio, al convertir en cenizas las casas que habian fabricado, signo de la esclavitud de los habitantes de Veragoa, turbaba su alegría el inmenso pesar que le causaba la ausencia eterna de Lianata, de Irayba, y el gran número de vasallos suyos que habian perecido bajo los golpes de las terribles armas de los blancos.

Era el anochecer.

La almadía en donde los españoles caminaban con los objetos que habian arrebatado á Quibiam, se alejaba impulsada por la corriente del rio.

Quibiam, desde la altura en donde se levantaba su palacio, al lado de Unima, paseaba su mirada por su devastado territorio.

Absorto en su meditacion, y sin que Unima turbase su silencio, trascurrieron algunas horas, al cabo de las cuales creyó descubrir Unima en el rio algunos bultos que se agitaban.

La luna derramaba su claridad sobre las transparentes olas.

A favor de sus melancólicos rayos pudo cerciorarse Unima, de que aquellos bultos que se movian eran indios que pugnaban por ganar la playa.

No tardaron algunos de ellos en acercarse adonde estaba Quibiam.

Aquellos indios eran algunos de los que habian podido escaparse de las carabelas ántes de que pudieran contenerlos los soldados españoles.

Su presencia llenó de asombro á Quibiam.

Aprisionados al mismo tiempo que él, habia llorado ya su muerte, y como en aquellos momentos era víctima de una fascinacion, llegó á creer que no tenia delante más que fantasmas que iban á pedirle cuenta de su conducta por haberlos abandonado en el peligro.

Pero no tardó en saber la resolucion heróica que habian tomado los indios que estaban prisioneros á bordo de las carabelas, de evadirse ó morir.

—Nosotros hemos podido librarnos, le dijeron, pero ¡ay de los que han caido en poder de los blancos! Ellos pagarán la ira que nuestra evasion ha despertado sin duda en su pecho.

—¿Y mi esposa, y mis hijos? preguntó Quibiam con ansiedad.

—Solo uno de los últimos, el hijo menor, Inhebio, fué el primero que se arrojó al mar, pero al llegar á la orilla le hemos buscado inútilmente. Sin duda no ha podido resistir el impulso de las olas y ha perecido.

—Pero aún será tiempo, dijo Quibiam enfureciéndose, de perseguir hasta sus mismas trincheras á los blancos para vengar sus ultrajes y libertar á nuestros hermanos.

—Será tarde, dijo el indio que hablaba; todos juramos, ó conquistar la libertad ó perecer; y á estas horas habrán buscado la muerte los que han caido de nuevo en poder de nuestros enemigos.

—¡Ah! exclamó Quibiam, mordiéndose los labios de ira hasta ensangrentárselos, la maldicion de Hiloc ha caido sobre nosotros. ¿De qué me sirve haber arrojado de mi reino á los infames extranjeros si se han llevado consigo las prendas más

queridas de mi corazon: á mi adorada Lianata, á mi buen Trayba, á mis dos hijos, única esperanza de mi trono y de mi reino?

Paseando su mirada por el círculo de cabezas con que habia rodeado su palacio:

—Vos, al ménos, añadió, no teneis sentimientos; sois ya como las piedras que se desgajan de las montañas. ¡Ah!... Unima, busca tu mejor flecha, imprégna la en el guao, arrójala contra mi pecho para que acabe de una vez mi martirio.

—Señor, señor, exclamó Unima, cálmate.

—No, solo la idea de la muerte me sonrie. Morir, sí; morir para mí es la suprema felicidad. He sido bueno, valiente, generoso; he defendido á mi patria, he labrado la felicidad de mis esposas, he adorado á mis hijos, he castigado á los extranjeros: no hay duda, me espera el premio en la otra vida, y solo allí, unido á los seres más queridos de mi corazon, podré vivir dichoso.

Estaba muy entrada la noche cuando, al terminar estas exclamaciones el rey de Veragoa, oyó un grito penetrante, que resonó en su corazon.

Era una voz que pedia auxilio.

—¿Has oido? preguntó Quibiam á Unima.

—Sí; es uno de los nuestros que pide socorro, contestó el cacique.

—Su acento ha despertado una esperanza en mi alma; volvamos á la playa.

Y seguido de los indios que estaban en torno suyo, bajó la pendiente que separaba su palacio de la orilla del rio y á medida que se acercaba, conocia más y más aquella voz, que era la de su hijo.

Las fuerzas le faltaban y estuvo á punto de sucumbir.

Quibiam, Unima, todos se arrojaron al agua para salvarle

y muy en breve pudo estrechar el rey entre sus brazos á su querido hijo.

En efecto; Inhebio habia logrado evadirse.

Pero como los españoles dispararon contra los fugitivos sus armas, apénas se informaron de su fuga, permaneció oculto detrás de una de las carabelas, y solo cuando vió restablecida la calma á bordo se dirigió á nado hasta las orillas de su patria.

Repuesto de la fatiga, á las preguntas que le hizo Quibiam:

—Llora á Irayba, le dijo, llora á mi pobre hermano, llora á tus vasallos. Todos habrán perecido, porque su resolucion era irrevocable.

Hasta entónces habia abrigado Quibiam alguna esperanza. Ya la habia perdido.

Habia sufrido mucho en aquel tiempo, y su espíritu se abatió por completo.

Retirándose con su hijo y su fiel Unima á su palacio, pasó toda la noche en el más triste insomnio.

Al dia siguiente muy temprano llamó á Unima.

—Se acerca mi última hora, le dijo; pero el gran Hiloc ha querido salvar á mi hijo del poder de los extranjeros para que no se pierda la ilustre raza de Mayarima. Haz que vengan los butios, los caciques que aún quedan. Yo voy á implorar la proteccion del tzimes para mi pobre hijo, á quien solo puedo entregar mi régio manto convertido en girones.

Unima, fiel ejecutor de la voluntad de Quibiam, convocó á los butios, llamó á los caciques y no tardó la ciudad de Veragoa en verse poblada por los principales vasallos de Quibiam, que ante la sola idea de la muerte temblaron, porque atribuian á su valor el fin de la opresion de los españoles.

Durante todo el dia fué agravándose la enfermedad de Quibiam.

A sus heridas renovadas se unia la profunda melancolía de su corazon.

No veia más horizonte que el sepulcro.

Cuando todos estuvieron reunidos en el vestíbulo de su palacio:

—Os he llamado, exclamó, para despedirme de vosotros, para entregar en vuestra presencia el cetro de mi desventurado reino á mi querido hijo, para que él jure fidelidad y obediencia, y para que asistais á mis últimos momentos.

Un silencio sepulcral reinó en la asamblea al oír aquellas palabras.

Los butios entonaron un cántico fúnebre.

Las vírgenes recitaron á su vez los arcitos, cantando las hazañas de Quibiam y sus antecesores.

El rey llamó á su hijo.

—El que todo lo puede, dijo, ha querido que los extranjeros me arrebaten la única felicidad que me sonríe en la tierra, y voy á buscarla en el mundo de la justicia. Entre tanto tú, descendiente de los reyes de Veragoa, debes tomar asiento en mi trono, y ser lo que yo he sido para mis vasallos: un padre, un amigo, un defensor, un juez incorruptible. Tu vida es suya; sacrifícala cuantas veces sea preciso en aras de su bien, como yo la he sacrificado. Unima, mi fiel y valeroso amigo, mi compañerc más de infortunio que de gloria, te amparará con su experiencia y sus consejos, te consolará con su cariño, te amparará con su cariño, te guiará con su rectitud y su profunda sabiduría en el proceloso mar de la vida. El te enseñará á amar y hacer el bien de los hombres; él te inspirará odio para la ingratitud y la maldad.

La hamaca fúnebre fué conducida por los indios de la servidumbre de Quibiam á los dos árboles que formaban el pórtico de su palacio.

Allí se reclinó, y despues de bendecir á su hijo, que de rodillas enjugaba las lágrimas que brotaban de sus ojos, se despidió de Unima y de todos sus vasallos, que se arrodillaron tambien, y de nuevo los butios y las vírgenes entonaron fúnebres cantos.

El primer rayo de la luna recibió el último aliento de Quibiam.

Todos juraron por rey á Inhebio.

¡Pobre rey!

¡La raza de los reyes de Haiti y de Veragoa debia sufrir la misma suerte!

Miéntas Quibiam espiraba de aquel modo, inmensas, dolorosas, terribles eran las amarguras que experimentaba Colon en medio del proceloso mar.

La fatalidad queria que despues de grandes trabajos vislumbrase la realidad; que la esperanza se convirtiese en un desengaño terrible, que como un puñal envenenado se embotaba en su corazon.

## CAPITULO XLIV.

### Una doble Tempestad.



REUNIDOS en las carabelas los que habian escapado de la muerte, fué unánime el deseo de encaminarse á la Española para pedir allí provisiones, reparar los defectos de los buques y partir en seguida para España.

Colon les ofreció guiarlos por el camino más recto, y ne los últimos dias de Abril del año 1503 se dieron á la vela las embarcaciones.

Tomó de nuevo el rumbo del Oriente por la costa, en vez de dirigirse hácia el Norte, en donde consideraban los pilotos que se hallaba la Española, y esta determinacion del almirante les causó una gran sorpresa.

Hasta dudaron de la lealtad de su jefe, y atribuyeron aquella resolucion á su deseo de marchar directamente á España.

Las murmuraciones comenzaron á tomar cuerpo.

—Nos ha prometido llevarnos á la Española, y sin embargo no es el derrotero que sigue el que nos ha de conducir á ella. Por aquí se va á España.

—Es que quisiera volver cuanto ántes.

—Tal vez el temor de que le rechace de nuevo el gobernador Ovando le obliga á dejar á un lado la Española.

—No, pues lo que es nosotros no debemos consentir que en unos barcos tan endebles, tan averiados como estos, sin provisiones, porque con las que tenemos no podemos vivir